

MONSEÑOR MIGUEL DE ANDREA

Por el Académico Pbro. DR. CARLOS CUCCHETTI

En la portada de la casa parroquial de San Miguel Arcángel bien pudo escribirse aquella leyenda de un viejo castillo de Inglaterra: "A nadie pertenezco y a todos. Antes de entrar, ya estabas aquí. Quedarás aquí cuando te vayas".

Su amor al prójimo anulaba todo complejo de agresión. Su buen carácter y su fe religiosa contenían la salud y la frescura del Evangelio. Es tan lícito considerarlo un virtuoso de la gracia como un ingenio de la naturaleza. Los teólogos y los místicos y aun los intelectuales, temen engañarse frente al hombre. Una actitud amorosa y comprensiva es solo producto de un alma sencilla y cordial. En la Catedral de Buenos Aires exclamaba: "Ojalá podamos extirpar definitivamente ese cambio monstruoso de fórmulas, para hacer brotar el manantial del cristianismo. Después de todo, en último análisis, la Iglesia no es un ideal utópico a realizar, sino que existe, como existen sus miembros; seres humanos con sus virtudes y defectos.

"La Iglesia no es una joya, ni un museo del arte del Renacimiento. Es la vieja fuente de la aldea que da su agua a las generaciones."

Las obras de Monseñor de Andrea fueron proyección de su espíritu, y el complemento de su apostolado. Hace falta, decía, un esfuerzo esclarecedor de ideas y conciencias que propongan al mundo una solución que consiga salvar la libertad sin sacrificar al hombre y proteger al hombre sin sacrificar su libertad. Actualmente en la Igle-

sia y en los Estados se nota una desviación mágica, que consiste en poner lo espiritual al servicio de ideologías políticas o sociales. Como si la sociología fuera el vehículo del Evangelio y no el mensaje sobrenatural del sermón de la montaña. De ahí nace la confusión o el ritualismo formalista religioso que algunos gobiernos y regímenes totalitarios toman del cristianismo para apoyar sus estructuras. No existe mayor desgracia para el hombre que verse obligado a vivir bajo una filosofía pesimista, o una religión muerta. El hombre debe ser salvado y no aconsejado. Un mundo técnico sin espiritualidad y sin sentimientos, no es solamente un mundo irreligioso, es un mundo inhumano.

Frente a un mundo viciado de totalitarismo, y ante la impostura filosófica del comunismo, que crea para el hombre una vida inmisericorde, anti-liberal y anti-cristiana, proclamó la libertad de conciencia y de pensamiento, que son los únicos sitios dignos del hombre y de su creador.

La solución hay que buscarla en la reconciliación de la ética de inteligencia con la belleza moral del sentimiento. Su divorcio es fatal. ¡Ay del hombre que lleva el alma en vano!

No formuló una teoría idolátrica del hombre, ni cayó en el error de crear un humanismo racionalista y sin alma. Su misión fue darle alma a ese humanismo.

Se cuidó de levantar tronos a ciertos principios para verse luego forzado a levantarles cadalsos a sus consecuencias. Los que han querido ver en Monseñor de Andrea como en los grandes sacerdotes de nuestra independencia una abierta oposición entre sus deberes religiosos y su adhesión a los principios de Mayo, Caseros y la Revolución Libertadora del 55, no han comprendido ni la religión ni el espíritu de estos heroicos hechos históricos. Por encima de las murallas de la Iglesia y las pasiones humanas, los seres desarmados en la inteligencia y en el espíritu se sienten atraídos hacia Monseñor Miguel De Andrea por su irresistible don de simpatía y sobre todo por su ardiente y franca expansión hacia todas las aspiraciones libres de la vida. Al decir de quien fuera el primer Presidente de la Academia Nacional de Ciencias Morales y Políticas, el Dr. Adolfo Bioy, "Al pasear su mirada sobre el horizonte en tinieblas de la Patria, nuestra esperanza

florece”, quien terminaba su disertación afirmando “La Academia recibirá la savia de su espíritu”.

Al año del fallecimiento de Monseñor De Andea, el Dr. Roracio Rivarola reflexionaba: “Monseñor De Andrea pasó su vida desparramando luz a su paso. Nuestro cielo azul tomó en el día de su muerte tintes grises. Entonces quienes lo conocimos y admiramos, al par de la grandísima pena que nos embargaba, debimos reflexionar: Las cumbres no están sólo en las montañas”. A cuyo hermoso pensamiento me es lícito agregar: “Las cimas sólo pueden medirse por los abismos que coronan”.